

A R M A N D O U L L O A

Poemas de la tierra
y otros poemas

Edición póstuma

IMPRESA NASCIMENTO

DE JUAN MARIN

De toda una jornada temprana y fugaz vivida en ritmo inalterables de amistad, el recuerdo de Armando Ulloa surge nítido y transparente, como una de esas grandes sombras blancas que en la cámara oscura vemos aparecer sobre la placa radiográfica....

Sombríos los contornos que interpretan el medio ambiente, la mezquindad de la vida, la crudeza de la lucha material, el emponzoñamiento de los corazones.... Clara la imagen del poeta, iluminada de sinceridad, de sencillez, de poesía y de serenidad.

Armando Ulloa fué un romántico nacido con retardo en época ingrata. Su espíritu frágil se refugiaba en una especie de aristocratismo intelectual, alto, muy alto sobre el vocerío de las muchedumbres y el rumor estridente de las calles y asambleas.

Sus versos contenían el alma de los atardeceres rústicos y eglógicos gratos a Fray Luis.... Versos puros y quietos, llenos de verticales transparencias de remanso, armoniosos de resonancias virgilianas.

La belleza inmaculada de su espíritu trascendía en torno suyo; su nombre despertó siempre ecos de cordialidad. Y no tuvo enemigos en este país en que cada sujeto que pasa lleva los puños crispados y la mirada turbia y biliar.

Entre tantos recuerdos que se despiertan en mi memoria como un vuelo de alas silenciosas al evocar su imagen, ninguno de mayor fuerza sugerente que el de una tarde invernal en que un grupo de amigos fuimos a sepultar a una pobre muchacha que pasó junto a nosotros bella y torturada, clavada en cruz sobre la vida.

Camino del Cementerio, al través de la niebla fina y crepuscular llevábamos la caja funeraria. Apenas rozando el silencio, el carrito de madera desflecaba su negra sonata de derrota y dolor. Las almas se dirían vestidas de luto arrebuajadas en la brisa de cobre y amatista. Tras el grupo, por la empedrada avenida en que rondaban las hojas su amarillo «ballet», avanzaban cuatro o cinco muchachas con los rostros sombreados por el velo y en las mejillas de rosas las corolas trizadas de cristales de llanto.

Al fondo, cerrando aquel desfile que parecía la viviente ilustración de uno de esos sonetos macerantes de Emilio Carrere, Armando, alto y pálido, cernidos los ojos de hondos círculos azules, caminaba con un enorme ramo de violetas en las manos.

Era como un personaje «mussetiano» arrancado a una novela de romanticismos pretéritos, para venir a representar la página suave y doliente de otra «Dame au Camelias»...

Se definía allí el temperamento del poeta.

¡Qué lejos estaba entonces de pensar que la Calavera le enviaba ya su mensaje de galante «rendez-vous» en las lívidas sedas de esas gasas invernales...! Y que unos meses más tarde otro cortejo caminaría por la rústica heredad, a orillas del río rumoroso, bajo la sombra de los álamos reales... Llevaría su cuerpo hasta la linde del mar de arenas negras, allá donde la onda viene, en las noches de luna y de canciones, a tender como un verso su fragante cabellera de espumas...